



Alicia Gojman de Backal

“León-Portilla y la cultura hebrea”

p. 333-356

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LEÓN-PORTILLA Y LA CULTURA HEBREA

ALICIA GOJMAN DE BACKAL

¿Quién es sabio? Sólo aquel que aprende de todos sus semejantes.
¿Quién es valiente? Aquel que domina sus pasiones.
¿Quién es rico? Aquel que es feliz con lo que posee.
¿Quién es respetable? Aquel que respeta a sus semejantes.

Ben Zomá, *Proverbios de los Padres*

Miguel León-Portilla es uno de los pocos historiadores mexicanos cuya obra y palabra ha sido leída y escuchada en muy diversas partes del mundo. No es solamente un erudito, sino el portador de la palabra de un pueblo. Es un filósofo, y como tal, ha mostrado al mundo aspectos diferentes del pensamiento indígena.

Como historiador ha contribuido a la ciencia de la historia con un estudio sistemático y fundamentado del pasado remoto de México. Como filólogo ha prolongado la obra del padre Garibay, en la defensa, preservación y rescate de la lengua náhuatl. A pesar de no ser un poeta, su sensibilidad de artista le ha permitido recrear el mundo a través de la poesía náhuatl. Pero Miguel León-Portilla también tiene otra faceta muy importante: la de ser un gran humanista y conocedor de otras lenguas y otras culturas; en este caso, nos referimos al judaísmo, su cultura, su pensamiento y su historia.

Su primer acercamiento a la cultura hebrea fue a través del padre Ángel María Garibay, nahuatlato, hebreólogo y humanista, del cual presentó una semblanza en la revista *Tribuna Israelita* en 1962.¹ En este artículo destaca Miguel no sólo la obra de su maestro y amigo, sino que hace énfasis en su versatilidad y, sobre todo, en su amplio conocimiento del idioma hebreo y de su capacidad como hombre de letras que conocía perfectamente el Antiguo Testamento y los libros sagrados del judaísmo.

El padre Garibay fue la inspiración de Miguel León-Portilla, de él abrevó todos los conocimientos no sólo del mundo náhuatl que aquél poseía, sino que con él también estudió acerca de la cultura judía.

¹ Miguel León Portilla, "Silueta de Ángel María Garibay K. (nahuatlato, hebreólogo y helenista)", en *Tribuna Israelita*, México, agosto de 1962, año XVII, núm. 211, p. 8-9.

El Padre Ángel María Garibay Kintana, además de haber sido sacerdote, fue un gran humanista, filólogo e historiador especializado en la cultura náhuatl y en las literaturas clásicas. Entre 1952 y 1956, fue maestro extraordinario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde publicó una importante parte de su investigación. Además colaboró con la editorial Porrúa, especialmente en la dirección del *Diccionario de Historia, Biografía y Geografía de México*, papel que posteriormente desempeñaría Miguel León-Portilla.

Entre los temas bíblicos y de literatura hebráica publicados por el padre Garibay, se encuentran el libro *la Sabiduría de Israel, Tres Obras de la Cultura Judía, Proverbios de Salomón y Sabiduría de Jesús Ben Zirak*.²

La *Biblia*, la *Mishná*, la *Guemará*, la *Agadá* y un número considerable de libros apócrifos son los tesoros literarios creados por el pueblo judío en lengua hebrea durante los primeros 2000 años de existencia en su propia tierra. Los otros dos milenios que dieron comienzo con la destrucción del Templo y el Exilio en el año 70 d.C se vivieron en su mayor parte en cientos de diásporas donde el genio creador judío hizo su aporte a la historia de la literatura y el pensamiento de muchos pueblos.

Al lado del padre Garibay, el doctor León-Portilla aprendió no sólo a amar lo indígena, su cultura, su pensamiento y su palabra, sino también conoció el pensamiento y la cultura de los poetas hebreos. En el artículo, el alumno se refiere a su maestro como gran nahuatlato, hebreólogo y helenista, cuestiones que parecen disímbolas y alejadas entre sí, pero que en el fondo guardan un denominador común: que es el conocimiento del desarrollo de la historia, de las distintas formas de ser y pensar, y, más que nada, es la comprensión y el entendimiento del otro.

El judaísmo surgió de una reunificación de tribus más o menos desintegradas, mediante el establecimiento de un pacto entre ellas y su Dios común, como su Dios del pacto. Este tipo de fe se modificó en el tiempo de la diáspora, durante el helenismo, cuando la misión se adaptaba a aquellos a quienes se dirigía. El filósofo Martín Buber, al analizar la relación entre el judaísmo y el cristianismo, señala que el tipo de fe judía se llama Emuna y designa con el vocablo Pistis a la fe cristiana, diciendo que el origen de la Emuna judía está en la historia de una nación y el origen de la Pistis cristiana reside en la de un individuo. La fe del judaísmo y la fe del cristianismo son diferentes por naturaleza, cada una de conformidad con su base humana.³

En el artículo sobre el padre Garibay, León-Portilla lo exalta como un gran filósofo y humanista que, a pesar de haber convivido con muchas congregaciones indígenas en Xilotepec, Huizquilucan, Tenancingo, San Martín de las Pirámides y Otumba, nunca dejó de interesarse por otras

² Publicados en México por Editorial Porrúa, 1966.

³ Dujovne León, *Martín Buber: sus ideas religiosas, filosóficas y sociales*, Buenos Aires, Argentina, Bibliográfica Omeba, 1965, p. 134-135.

culturas y otros pensamientos; así, por ejemplo, dice que al estar en San Martín de las Pirámides no descansó hasta comprender la lengua, las costumbres y tradiciones de origen prehispánico. En Otumba aprendió el otomí y profundizó más en la lengua náhuatl, pero adentrándose también en las investigaciones más recientes sobre las culturas griega, latina y hebráica.

En 1932 apareció su primera publicación que fue *El Poema de los árboles*, donde “se refleja la finura y sencillez de su espíritu”; luego, sus colaboraciones en la revista *Ábside* y, posteriormente, dos libros de fundamental importancia: *La Poesía lírica azteca* y su versión directa y en verso de la *Trilogía de Orestes*, de *Esquilo*.⁴ En ello —nos dice Miguel— se refleja el interés de Garibay no solamente por el mundo indígena, sino también por la herencia helénica.

Posteriormente, dio a conocer en 1940 *La poesía indígena de la Altiplanicie*, edición de la Universidad Nacional, y su *Llave del Náhuatl*, que ha servido a muchos investigadores para aprender la lengua de los antiguos mexicanos.

Para el siguiente año, o sea 1941, la vida del padre Garibay cambió rotundamente al ser nombrado canónico lectoral de la Basílica de Guadalupe, pues abandonó las comunidades indígenas donde tantos años había pasado y dedicándose ahora al estudio y la explicación de la Biblia. De eso surgieron centenares de lecciones sobre las Escrituras Sagradas, así como una versión completa de los textos bíblicos, a partir de las lenguas originales —hebreo, arameo y griego— y, por otro lado textos de la Biblia preparados por Garibay que están aún inéditos.

Garibay fue para Miguel León-Portilla un gran maestro y amigo entrañable. Fue su mentor durante nueve años, durante los cuales, semana a semana, pasó a su lado varias horas del día que cuenta “entre las más gratas de su vida”. Junto a Ángel María Garibay no solamente aprendió la lengua náhuatl y se adentró en los estudios de los antiguos mexicanos, sino que también conoció la cultura y el pensamiento hebreo.

Dentro del campo de la historia antigua de México, nos dice Miguel en su artículo, el padre Garibay hizo contribuciones básicas a la comprensión de este campo, como fue la edición anotada de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de Fray Bernardino de Sahagún, en donde dio una visión del valor de la obra del franciscano y de su lugar en la historiografía, sentando las bases de la importancia del conocimiento de las fuentes mismas de Sahagún para hacer posible una nueva y moderna interpretación de la cultura náhuatl. Asimismo, hizo nuevas ediciones de la *Historia antigua*, de Manuel Orozco y Berra, así como de la *Relación de las cosas de Yucatán*, por Fray Diego de Landa. León-Portilla menciona también los innumerables artículos que Garibay escribió en diversos

⁴ Miguel León-Portilla, “Silueta de Ángel María Garibay...” *op. cit.*, p. 8.

diarios como *Excélsior*, *El Universal* y *Novedades* que para ese año de 1962 seguían apareciendo.⁵

Cuando Miguel León-Portilla dedicó su escrito al maestro, erudito y sabio Ángel María Garibay, mencionó que éste cumplía setenta años de vida y que tenía enormes proyectos aún por concluir, como era el caso de editar la versión completa de los textos nahuas recogidos por los informantes indígenas de Sahagún, la versión al griego del teatro de Sófocles y Eurípides y la edición y estudio de los Manuscritos de *Cantares* de la Biblioteca Nacional y de la Universidad de Texas y concluyó diciendo que “quien tiene por delante éstas y otras empresas más, continuación de su fecunda y valiosísima obra, pone de manifiesto la extraordinaria juventud de su espíritu”.⁶ Los setenta años cumplidos por Miguel León Portilla se asemejan mucho a aquellos que entonces le celebró a su maestro, como buen discípulo, ha seguido sus pasos uno a uno, estudiando, investigando no sólo la historia y el pensamiento de los pueblos antiguos, sino escribiendo obras, dirigiendo el Seminario de Cultura Náhuatl en la Universidad Nacional, coordinando la obra del Diccionario Porrúa, estudiando otras lenguas y comprendiendo otras culturas, entre ellas la hebrea, y, a sus setenta años cumplidos, como él lo dijo entonces, siguen siendo años “de verdadera juventud, porque el humanismo no envejece”.⁷

La relación con la revista *Tribuna Israelita* continuó siendo estrecha, ya que tanto a los editores como a nuestro autor les interesó publicar otro artículo un año después, o sea en 1963, a raíz del primer viaje que realizó Miguel León-Portilla al Estado de Israel.

Este hecho fue muy significativo para la revista y para este gran humanista. La revista había nacido en el seno del Comité Central Israelita de México en 1944, a raíz de la formación de un grupo, decidido a luchar contra el antisemitismo desatado en Europa. Su nombre, *Tribuna Israelita*, significaba precisamente el abrir un espacio para todos aquellos que desearan expresarse en idioma español acerca de las atrocidades que estaban sucediendo en la Alemania nazi, además de escribir sobre judaísmo o temas afines a la cultura del pueblo hebreo y del mexicano.

Los primeros artículos fueron escritos por refugiados judíos que fueron recibidos en nuestro país gracias a la generosidad del presidente Manuel Ávila Camacho. Otto Katz como redactor y Leo Katz como administrador de la publicación iniciaron su edición en ese año, con artículos como “El antisemitismo, arma secreta y crimen de guerra”, escrito por Rudolf Furth,⁸ y, del mismo autor, los textos titulados “Los criminales de guerra”, “El verdugo del Ghetto de Varsovia” o “Todos tienen que ser

⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Idem.*

⁸ Rudolf, Furth, “El antisemitismo, arma secreta y crimen de guerra”, en *Tribuna Israelita*, México, diciembre de 1944, núm. 1, p. 6-9.

ahorcados. Los principales antisemitas y pogromistas”.⁹ Tales artículos, pretendían promover un frente antifascista que diera a conocer las atrocidades cometidas entonces en el viejo continente sin que ningún país hiciera algo por detenerlas.

Por otro lado, se publicaban artículos de quienes consideraban como la única posibilidad de sobrevivencia para los judíos el tener su propio país en Palestina, o sea los sionistas que luchaban por conseguir la creación del Estado Judío.

Esos exiliados eran en su mayoría hombres y mujeres de izquierda cuyo propósito consistía en librar una lucha contra el fascismo y el nazismo, aunque había entre ellos demócratas liberales como Paul Mayer; sin embargo, el grueso de los refugiados de origen austriaco o alemán estaba integrado por ex-activistas del Partido Comunista Alemán, escritores como Anna Seghers y Egon Erwin Kirsh y políticos como Alexander Abusch y Paul Merker, Bruno Frei, Theodor Balk, Leo Katz y Otto Katz (André Simon), los cuales trataron de recuperar la voz y la palabra como patrimonio, como recurso de batalla, como instrumento de identificación con las grandes polémicas ideológicas de Europa y “como acto de presencia en aquel escenario, donde su ausencia se había impuesto”.¹⁰

Pese a formar parte de una organización internacional, México influyó en la vida de estos exiliados, ya que sus miembros realizaron una serie de actividades como la creación de la revista ya comentada, en la cual reconocieron la particularidad de la cuestión judía y de sus dimensiones culturales. Desde las páginas de *Tribuna Israelita* condenaron la persecución de que eran objeto y apoyaron los reclamos de una soberanía propia. Esto los condujo a un acercamiento con organizaciones comunitarias, particularmente con el movimiento sionista. Algunos de ellos volvieron a Europa después de la guerra pensando en su ideal socialista, pero fueron asesinados por Stalin poco después.¹¹

Ese movimiento para recuperar una patria y un territorio culminó sus esfuerzos después de concluida la Segunda Guerra Mundial y la exterminación de más de seis millones de judíos en la masacre nazi. Fue el 13 de mayo de 1948 cuando se fundó el Estado de Israel con una población reducida de 650 000 personas, las que se enfrentaron desde un principio a un sinnúmero de conflictos en ese pequeño territorio. En aquel mismo año tuvieron su primer enfrentamiento victorioso con sus vecinos árabes, al que llamaron “Guerra de Independencia”.¹² A partir de entonces empe-

⁹ Rudolf Furth “Los criminales de guerra”, “El verdugo del *Ghetto* de Varsovia”, en *Tribuna Israelita*, México, 15 de marzo de 1945, núm. 4, p. 17. “Todos tienen que ser ahorcados. Los principales antisemitas y pogromistas”, en *Tribuna Israelita*, México, núm. 7, 15 de junio de 1945, p. 4 y ss.

¹⁰ Judit, Boxer, Liwerant, “De exilios, migraciones y encuentros culturales”, en *México, el exilio bien Temperado*, Renata Von Hanfstegell y Cecilia Tercero coordinadoras, México, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano Mexicanas, 1995, p. 31.

¹¹ *Ibid.*, p. 35.

¹² Cf. Judah Aribetz, *The Timetables of Jewish History. A Chronology of the most Important People and Events in Jewish History*, New York, Simon and Schuster, 1993, p. 505.

zaron a llegar judíos que sobrevivieron a la guerra europea, judíos de Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Francia, Inglaterra, Alemania y países de América, sobre todo de Argentina, Brasil y Chile.

Así fue como el país empezó a desarrollarse con nuevos inmigrantes, los cuales aportaron sus conocimientos y sus grandes deseos de vivir. Además de estar alertas ante los conflictos con sus vecinos egipcios, libaneses, jordanos, etcétera, los pobladores se dedicaron a crear colonias para recibir a los recién llegados como fueron los Kibutzim o los Moshavim,¹³ al igual que a construir carreteras para comunicar unos poblados con otros, así como escuelas, universidades y hospitales.

En 1956 se volvió a escenificar un nuevo conflicto con Egipto y Jordania, en el cual Israel fue apoyado por Francia, Inglaterra y Estados Unidos. De ahí la toma de la península de Sinaí y la Franja de Gaza, y la devolución un año después de estos territorios por el primer ministro David Ben Gurión, con el propósito de lograr la paz.¹⁴

Cuando Miguel León-Portilla visitó por primera vez Israel en 1963, quedó impresionado por este pueblo de “rostro joven y raíz milenaria”. Durante su corta estancia tuvo la posibilidad de visitarlo a lo largo y a lo ancho y escribió sus impresiones del viaje, que publicó la revista *Tribuna Israelita* en mayo de 1963.¹⁵

Así se expresa en ese artículo: “Me interesaba acercarme personalmente a la realidad de la joven nación que había creado formas nuevas de organización social y económica para hacer posible su desarrollo. Igualmente quería ver cómo se preservaba en ella su legado cultural milenarior.”¹⁶

Fue desde ese artículo cuando las reflexiones de Miguel León-Portilla lo llevaron a mencionar el hecho de que, por encima de todo, el pueblo judío vivía en el tiempo. Decía que la Biblia llevaba implícito este concepto del tiempo, en el que no hay regresión ni retorno: que está abierto siempre hacia el futuro, con una esperanza y un motivo que impele al pueblo a la acción; y que en ese sentido el concepto bíblico del tiempo había influido poderosamente en casi todas las formas del pensamiento histórico del mundo occidental.

Para León-Portilla, la historia del pueblo judío lo era de una pérdida de espacio, a principios de nuestra era, es decir, la pérdida de la Tierra Prometida; a cambio de ello, dicho pueblo vivió más intensamente en el tiempo.

¹³ *Ibid.*, p. 515. La diferencia entre los Kibutzim y los Moshavim estriba en que en los primeros todos los bienes son de la comunidad y en los segundos las personas individualmente participan con aportes al desarrollo comunitario y los repartos se efectúan según las aportaciones realizadas por cada miembro del moshav.

¹⁴ *Ibid.*, p. 544-545

¹⁵ Miguel León-Portilla, “Pueblo de rostro joven y raíz milenaria. Impresiones de un viaje a Israel”, en *Tribuna Israelita*, México, mayo de 1963, núm. 221, p. 12-14.

¹⁶ *Ibid.*, p. 12.

Por encima de diferencias raciales —nos dice el historiador— ser judío siguió siendo particular en una misma tradición de pensamiento, historia y medida del tiempo, que implicaba reunirse en días determinados, para recordar hechos históricos propios y mantener abierta la esperanza hacia el futuro, contribuyendo entre tanto, con todos los pueblos del orbe, a la creación de otras culturas y principalmente de la cultura occidental.¹⁷

En su relato afirma cómo, después de diecinueve siglos de espera, Israel volvió a surgir como nación y, además de vivir en el tiempo, empezó a vivir en el espacio. En una geografía que, aunque muy pequeña (del tamaño del estado de Hidalgo, en México), recibía la herencia y la riqueza del tiempo.

Muchos autores reflexionaron, como León-Portilla, sobre la visión judía de la historia; así por ejemplo, el gran filósofo Martín Buber señaló que hubo en la antigüedad dos maneras de verla, religiosas ambas. Una de ellas, era la de las naciones en general, que encaraban la historia “desde arriba”, y la otra, de Israel que la encaraba “desde abajo”. La concepción personal del filósofo sobre la historia de las civilizaciones y de la humanidad en general se encuentra estrechamente ligada con su doctrina, que distingue en el hombre dos actitudes distintas frente a los otros hombres, frente al mundo y ante Dios: la actitud Yo-Tu y la actitud Yo-Ello. Sus ideas sobre la convivencia entre los hombres, sobre la sociedad, la crisis presente y el porvenir fluyen de sus tesis sobre el “diálogo”, sobre la relación interhumana. No es difícil descubrir en estas ideas y en esa concepción elementos procedentes del judaísmo.

Según Buber, el alma judía busca a Dios en los procesos que trabajan por la perfección de la existencia a través de la historia del mundo. Cuando discurre sobre la religiosidad judía, observa que las verdades religiosas son generalmente verdades de orden dinámico, las cuales sólo se pueden comprender si se las mira en la línea total de la historia. El crecimiento de la imagen de Dios, el camino de la fe, constituye la verdad de la historia de la religión.

Pero no sólo hay religiosidad judía como historia de la fe del judaísmo. Hay una visión y una presentación bíblica de la Historia. Para los hombres que escribieron la Biblia hebrea, “La naturaleza es de Dios, lo mismo que la Historia”. En el primer capítulo del Génesis se describe la creación del mundo como el llegar a ser de la naturaleza; luego, en el segundo, la misma creación del mundo se describe como el surgimiento de la historia.

El que los jefes, los conductores, sean las más de las veces los débiles y los humildes, va según Buber “contra la naturaleza”. Y la manera en que ellos ponen en práctica la conducción es “contraria a la Historia”. Él observa que normalmente se considera que el éxito determina la selección de los sucesos al parecer importantes para la historia. “La historia mundial

¹⁷ *Idem.*

—agrega— es la historia de los éxitos; los héroes que no han tenido éxito pero que no pueden ser excluidos de ella debido a su conspicuo heroísmo, sólo sirven como un adorno.”¹⁸

La historia corriente sólo muy quedamente habla de los conquistados, mientras menciona con estrépito a los conquistadores. Tal es la historia que suele ser presentada, es la selección hecha por el historiador merced a la llamada conciencia histórica.¹⁹ En estas ideas también coincide con el pensamiento de Miguel León-Portilla, claramente planteado en la *Visión de los vencidos*. Para Buber, en el Antiguo Testamento se encuentran dos rasgos, relacionados entre sí, que lo distinguen de los otros grandes libros de las religiones universales. Uno de ellos lo constituye el hecho de que ahí los sucesos y las palabras se sitúan en medio del pueblo, de la gente, en la historia del mundo que transcurre entre su origen y su meta. Lo que acontece no es superior a la historia del pueblo, a la historia de la gente, sólo es la manifestación de la del secreto de la historia del pueblo.

Buber, así como otros pensadores judíos como Ajad Haam, estaban conscientes de la pérdida del espacio geográfico que sufrió su pueblo y consideraron necesario obtener de nuevo un “centro espiritual” que irradiara su influencia sobre todas las comunidades judías del mundo y que a la vez renovara la fecundidad creadora del judaísmo para la humanidad. Esta forma de pensar definía al sionismo en su matiz cultural que complementaba al político. Ese sionismo político, tal como lo concibió su fundador, Teodoro Herzl, aspiraba a la creación en Palestina de un Estado Judío que asegurara la persistencia del pueblo en peligro de ser humillado, si no destruido, por la persecución antisemita. Quería hacer de los judíos una nación como las demás, con su territorio propio del pasado, recuperado para el futuro.

Según ellos había un problema derivado de las leyes de discriminación, de la hostilidad social y de las matanzas de las que, los judíos eran víctimas en no pocos de los países donde habitaban. En unas naciones la reclusión en zonas determinadas, la pobreza y la persecución mantenían al judío atado a formas anticuadas de vida y alejado de la cultura europea. El vigor moral del judío no cedía ante las agresiones; su alma se afinaba con los sufrimientos. En otros países, la emancipación del judío, es decir, el reconocimiento, en principio para él, de derechos civiles y políticos iguales a los demás habitantes y ciudadanos le abría acceso a la literatura, la ciencia, las artes y la política. Fue así como pudo producirse, desde el siglo XVIII, la inclusión del genio judío en la cultura moderna.

Pero en esos países el judío se alejaba cada vez más del judaísmo como fuente de enseñanzas provechosas y como estímulo de características particulares para la creación artística, la meditación filosófica y aun la

¹⁸ León, Dujovne, *Martín Buber: Sus ideas religiosas*, op. cit. p. 124.

¹⁹ Martín, Buber, “Biblical Leadership”, en *Israel and the World*, Jerusalem, 1947, p. 123-125.

investigación en el campo de la ciencia. La solución era la posibilidad de participar en la cultura general sin perder la cultura judía tradicional y la posibilidad de desenvolver ésta como parte de la cultura del mundo moderno.

Eran los años de la agravación de las leyes de persecución en Rusia y en Rumania y del “*affaire Dreyfus*” que, para honor de Francia, concluyó con la victoria de la justicia contra la difamación antisemita.²⁰ La dolorosa experiencia de diecinueve siglos de sufrimientos, vejámenes y exterminio en masa, así como las circunstancias del momento, explican por qué la preocupación dominante entonces era el logro de la creación de un Estado Judío reconocido por el Derecho de Gentes.

El Estado albergaría a los perseguidos, a los que no quisieran verse expuestos a atrocidades en el futuro y a los que, con ánimo idealista, estuvieran dispuestos a desprenderse de las comodidades materiales de los lugares donde habitaran, para participar en forma directa en las faenas de la construcción del país naciente.

Era incierto el porvenir de la literatura en *yiddish*, idioma utilizado por los judíos de Europa Oriental, al igual que era incierto el porvenir del ladino, el español del siglo XV, que, con sorprendente fidelidad a España, hablaban los descendientes de los judíos expulsados de ella por el edicto de 1492.²¹

Desde mayo de 1948, como ya comentamos, existe el Estado de Israel. Su misma existencia demuestra que eran factibles las aspiraciones del sionismo político. Bajo su amparo rehacen su vida cientos de miles de judíos sobrevivientes en tierras de Europa y de judíos fugitivos de la miseria y la persecución en diversos países de Asia y Africa. Es también un centro de atracción para el judío que por cualquier circunstancia quiere unir su destino y el de sus descendientes al país renaciente que es cuna de su religión, de su literatura, particular y universal a un tiempo, de sus concepciones éticas, de su ideal de justicia.

Para que resultara posible un centro espiritual judío en Israel, era necesaria la existencia de un Estado Judío. Era importante realizar el programa de Herzl y sus partidarios, como el de Ajad Haam y Martín Buber. Lograr que el pueblo judío, además de vivir en su historia, viviera en su geografía.

Así lo comenta Miguel en su artículo de *Tribuna Israelita*:

El pueblo, cuyo sino había sido existir en el tiempo y hacer suya la experiencia que sólo con el tiempo se adquiere, al volver a existir como estado, volvió a conjugar de manera extraordinaria el pequeño espacio de su tierra con la fuerza de un tiempo acumulado y abierto siempre hacia el futuro. La expe-

²⁰ Learsi, Rufus, “El antisemitismo y el asunto Dreyfus”, en *Historia del pueblo judío*, Buenos Aires, Editorial Israel, 1959, p. 518-531.

²¹ Haim Beinart, *Los judíos en España*, Madrid, Editorial Mapfre 1492, 1992.

riencia de siglos, iba a permitir concebir formas nuevas, de raíces antiguas, para aprovechar al máximo lo reducido del espacio.²²

Y, posteriormente, León-Portilla hace la comparación con España que, a pesar de conquistar extensiones inmensas y formar un imperio en cuyos dominios no se ponía el sol, parece “ahora [todavía en tiempos de Franco] fuera del tiempo, en un pasado anacrónico, perdido su dinamismo original”.²³

El relato de su visita al joven Estado es muy elocuente: nos narra cómo ese país joven, mediante carteles en hebreo y en inglés, contaba al visitante su historia milenaria. Recorrió las zonas arqueológicas, los parques y monumentos, y aseveró: “Gracias a estas inscripciones, Israel, el pueblo que vive en el tiempo, ha volcado su historia en su geografía.”²⁴

Su primer visita lo condujo a la ciudad de Jerusalem, que entonces se encontraba dividida (entre israelíes y jordanos); abajo estaba la ciudad antigua, cargada de tradiciones, como centro religioso del mundo hebreo, cristiano y musulmán. Y en las colinas se levantaba la nueva ciudad con las principales oficinas del gobierno israelí.

En esa nueva Jerusalem acudió —para luego familiarizarse con ella— a la Universidad Hebrea, donde el pasado y el presente volvían a conjugarse. Esa casa de estudios, con sus espacios abiertos y sus jardines, le hizo recordar a nuestra Universidad Nacional, ahí dialogó con maestros y alumnos, conoció el Centro de Estudios Judaicos y admiró los rollos del Mar Muerto, que son los documentos de mayor antigüedad junto con textos de la Biblia y del grupo Esenio. Con los compañeros maestros intercambió ideas y llegó a la conclusión de que ambos pueblos eran jóvenes con raíces milenarias: el hebrero y el mexicano.

Visitó el centro médico de Hadasa y admiró los vitrales de Marc Chagall que representan las tribus de Israel y que son ejemplo del moderno arte judío. Se acercó a las zonas arqueológicas como la de Ramat Raquel, ciudadela construida por el rey Uzziah en el siglo VIII a.C., donde a través de inscripciones se ha descubierto que, seis siglos antes de la era cristiana, Ramat Raquel un centro floreciente que, en los días del profeta Esdras, había llegado a ser capital de distrito. Estuvo en la colina donde se encuentra el monumento al iniciador del movimiento sionista, Teodoro Herzl, así como en las tumbas sencillas pero elocuentes de quienes murieron para “hacer posible la existencia de Israel”.

Conoció el severo monumento a las víctimas del nazismo, en cuyo interior había una flama nunca extinguida en recuerdo de tantos millones de seres muertos en esa guerra que costo miles de vidas inocentes.

Miguel León-Portilla estaba ávido de conocer todos los aspectos de ese

²² Miguel León-Portilla, “Pueblo de rostro...” *op. cit.*, p. 12.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

joven país; por ello estuvo en un centro de enseñanza del hebreo para los recién llegados llamado “Ulpan Tetzion” y ahí admiró los métodos eminentemente prácticos que pensó se podían adaptar a la enseñanza de las lenguas indígenas.

En su recorrido por el país estuvo en la zona de Lachish, una faja extensa donde apenas se establecían numerosos inmigrantes, y admiró la planeación y el desarrollo integrales del lugar. Así lo comentó en un artículo: “Lo que antes era desierto, como en el caso del Neguev, la gran zona árida del Sur, poco a poco, por el esfuerzo humano, empieza a transformarse en un emporio principalmente agrícola.”²⁵

Conoció algunos de los kibutzim, analizó su origen y concluyó que su organización no suponía una ideología política o religiosa, materialista o teísta, ni las personas que los habitaban tenían la obligación de permanecer en ellos de manera obligatoria. “Son resultado —nos dice— del esfuerzo común de hombres libres, que piensan cada uno lo que quiere y trabajan y permanecen allí porque se consideran felices.”²⁶

León-Portilla estuvo en los moshavim, donde la producción en cooperativa era prioritaria y cada participante era dueño en forma privada de su aportación y del porcentaje de ganancias que podía corresponderle. Así, tanto estos centros como los kibutzim y las empresas desarrolladas por el Estado abrían al pueblo israelí las más diversas posibilidades de trabajo y de manera de vivir.

También estuvo en las ciudades de Tel Aviv, Haifa y Ashdod, donde admiró la pujanza del rostro joven, abierto siempre al futuro. Pero a su vez presencié los recuerdos bíblicos, cristianos, romanos, bizantinos y de las épocas de las Cruzadas viajando a lo largo de las costas del Mediterráneo, hacia Cesarea, San Juan de Acre y el Monte Carmelo.

En lo que concierne a la tradición cristiana, visitó la Galilea, Nazaret, Cafarnaum, Tiberíades y el Mar de Galilea y la gran zona arqueológica de Hatsor, que por sí sola “vale un viaje de cualquier arqueólogo o historiador”.

Como historiador, Miguel admiró lo antiguo y apreció lo moderno con sus alcances y sus problemas, como el de integrar a esa sociedad tan diferente a la nueva economía y sociedad que estaba surgiendo. La frase final de su artículo al respecto lo resume todo: “El pueblo que vive en el tiempo, y que ahora vacía su experiencia milenaria en un pequeño trozo de geografía, tiene ciertamente mucho que ofrecer”.²⁷

En Israel se secularizó la lengua hebrea, al dejar de considerarse un idioma sagrado. De allí se desarrollaron nuevas formas de expresión y nuevas palabras, de modo que el pensamiento y la literatura universal pudieran ser traducidos a ella y puestos al alcance del pueblo, y los

²⁵ *Idem.*, p. 13.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Idem.*, p. 14.

escritores, filósofos y hombres de ciencia nacionales pudieran expresarse también en hebreo moderno.

El libro de Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, formado por testimonios nahuas de la Conquista, publicado por primera vez en 1959, rescata el reverso de la Conquista, es decir, presenta el punto de vista de las masas derrotadas configuradas por pueblo, sangre y cultura, y, así, constituye una prueba permanente de cómo un pueblo lleno de grandeza y esplendor, dueño de una concepción del mundo, un pensamiento, una filosofía propia y un arte en el cual se expresa, se enfrentó a una batalla sin par que aún se prolonga. Tal obra fue traducida al hebreo moderno por la Universidad Hebrea de Jerusalem. Fue así como no solamente Miguel se acercó al pueblo joven, sino que éste conoció a los antiguos mexicanos a través de la palabra y el pensamiento vertidos por aquél.²⁸

Así, el acercamiento a la cultura de los antiguos mexicanos fue base para el inicio de los estudios latinoamericanos dentro de dicha institución. Los alumnos interesados empezaron por aprender el idioma español, lo cual los acercó a nuestro continente y a sus diversas culturas.

En 1966, Miguel León-Portilla recibió, en la ciudad de México, el Premio "Elías Sourasky". Este hombre había llegado a nuestro país en la segunda década del presente siglo; su vida había sido un largo peregrinar de un lugar a otro, como la de tantos otros judíos. Nació en la ciudad de Bialostok, Rusia; con su familia emigró a Amberes, Bélgica, en 1909, y tras el estallido de la Primera Guerra Mundial emigró a Inglaterra y de ahí a Estados Unidos de América. Establecido en la ciudad de Nueva York, tuvo que emigrar de nuevo a raíz de la entrada de esa nación a la guerra en 1917.

Así llegó a México, donde se instaló definitivamente. Su primera aportación al país fue la construcción del tramo carretero México- Monterrey en la parte de Nuevo Laredo. En 1936 fundó la Compañía Central de Fianzas, S.A., la que incondicionalmente, durante los días de la expropiación petrolera, otorgó fianzas a Petróleos Mexicanos, cuando otras compañías se negaron a hacerlo. En 1941 tomó parte en la fundación de los Bancos de Cédulas Hipotecarias y del Ahorro Nacional y a estas instituciones unió la Compañía de Seguros La Equitativa. De ahí posteriormente surgió el Banco de Cédulas Hipotecarias (BCH).

En 1961 tuvo la iniciativa de crear un fideicomiso, el Fondo de Fomento Educativo, destinado a estimular, mediante el otorgamiento de aportaciones económicas, el desarrollo de tareas educativas, culturales y de investigación. Este fideicomiso brindaba financiamientos a proyectos y asignaba becas y los premios anuales "Elías Sourasky" a los creadores más sobresalientes en los campos de las letras y la cultura. En 1968, Sourasky fue galardonado por el gobierno mexicano con el Águila Azteca,

²⁸ La traducción fue promovida por el profesor Nahum Megged, de la Universidad Hebrea de Jerusalem, en 1975 con un tiraje de 2000 ejemplares.

máxima condecoración que concede a extranjeros como reconocimiento a los servicios prestados a México y a la humanidad.²⁹

Fue de esta manera como Miguel volvió a tener contacto con la cultura judía a través de su relación con don Elías. Pronto se enteró de la vida de la pequeña comunidad judía establecida en México a partir de 1912 y de la creación de sus instituciones tanto sociales como educativas.

En 1977, León-Portilla contribuyó con un nuevo artículo a la revista *Tribuna Israelita*, esta vez sobre “Cuauhtémoc en la poesía náhuatl”.³⁰ En él presentó un testimonio poco conocido sobre quien es inspiración y símbolo de nuestro ser de mexicanos.

El tema se basaba en los poemas y cantares que sobre Cuauhtémoc se habían encontrado, como toma de conciencia de lo que para las gentes del Anáhuac significó su vida. Comenta Miguel que se escribieron varios textos en náhuatl después de consumada la Conquista, en los cuales se describe a Cuauhtémoc como defensor de Tenochtitlan. Varios de ellos se conservan en el manuscrito de 1528 llamado *Anales de la nación mexicana*, los cuales quedaron también plasmados en la *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*.³¹ Miguel mencionó igualmente que se conservan asimismo, en lenguas como el chontal de Tabasco, documentos referentes al heroísmo, muerte y sufrimientos del más joven supremo gobernante de Anáhuac.

El padre Garibay había dado a conocer, en *la Historia de la literatura náhuatl*,³² los “cantos tristes” de la Conquista, en los que se abordaba el mismo tema. Pero Miguel emprendió una búsqueda para encontrar un “cuicapicqui” o “forjador de cantos” que hubiera expresado posteriormente la grandeza de Cuauhtémoc; fue así como presentó en su texto un poema que aparece en los folios 83-85 del manuscrito de *Cantares Mexicanos* que conserva la Biblioteca Nacional. Como fecha probable de este cantar, León-Portilla menciona el año de 1575.³³ También señala que ese cantar se repite en el texto varias veces, lo cual prueba que fue una cuestión bastante difundida, y, por otro lado, aparece con tambores, lo cual revela que se cantaba.

Según Miguel, “podría decirse que ella fue una de las más antiguas danzas de la conquista”.³⁴ Es este un drama de acción, fuerza y sentimiento para evocar la Conquista. Se evoca lo que queda, lo que permanece, la

²⁹ Miguel León-Portilla, coordinador, *Diccionario de historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 1995, v. 4, p. 3348.

³⁰ Miguel León-Portilla, “Cuauhtémoc en la poesía náhuatl”, en *Tribuna Israelita*, México, mayo-junio de 1977, año XXXIII, núm. 328, p. 26-30.

³¹ *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, 6a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

³² Cf. Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 2v., México, Editorial Porrúa, 1953, v. II, p. 1085.

³³ Miguel León-Portilla, “Cuauhtémoc en la...”, *op. cit.*, p. 26.

³⁴ *Ibid.*, p. 27-28.

palabra de Cuauhtémoc, sus flores, sus insignias de oro, pero sobre todo se enfatiza que, más allá de la guerra, del suplicio, de la ira, más allá de la muerte, perviven la palabra, el rostro, el corazón luminoso del joven príncipe, apoyo de Tenochtitlan y para siempre “amanecer que alumbró al ser de los mexicanos”.

En este texto, escrito en una revista de cultura hebrea, Miguel León-Portilla logra hermanar a estos dos pueblos, el mexicano y el judío. A ambos los estudia, los conoce, los interpreta y los aprecia en su justo valor. Pero es también a través suyo como la cultura mexicana llega a los lectores israelitas, a aquellos inmigrantes que no tuvieron la oportunidad de estudiar porque antes que cualquier otra cosa había que ganarse el sustento diario.

Las investigaciones continuaron y la vida productiva de este gran historiador lo condujo a que en 1987 fuera merecedor de un Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Tel Aviv, Israel. Así rezaba el texto de su diploma:

En reconocimiento a su posición mundialmente reconocida como eminente historiador e investigador de las culturas precolombinas y de las lenguas, poesía y filosofía de los pueblos de México, campo en el cual es autor de numerosos libros, así como de vastas contribuciones a la literatura científica internacional, que le han hecho acreedor de numerosos premios y distinciones en su país y en el mundo entero, incluyendo el Premio Nacional de México en Ciencias Sociales, Historia y Filosofía y en reconocimiento a su destacada carrera académica como Profesor de Filosofía y Letras, Director del Instituto Indigenista Interamericano, Miembro de la Junta Académica de la Universidad Nacional Autónoma de México y Director del Instituto de Investigaciones Históricas de dicha casa de Altos Estudios, así como también sus fecundos aportes como profesor visitante y Director de Cursos en más de sesenta universidades de América Latina, Estados Unidos, Europa y Asia y en reconocimiento a su incondicional amistad hacia Israel y sus constantes actividades tendientes al fortalecimiento de los vínculos culturales y académicos entre nuestros países, especialmente con la Universidad de Tel Aviv. Confiriéndole el título de: Doctor en Filosofía Honoris Causa.

Dicho título estaba firmado por el Presidente de la Universidad, profesor Moshé Many, y el Rector de la misma, profesor Yehuda Ben Shaul, el 11 de mayo de 1987.³⁵

Así fue como por segunda ocasión Miguel León-Portilla visitó Israel, después de 24 años. Encontró cambios impresionantes, como los de la Universidad de Tel Aviv, donde se percató de que había una Casa México, que era la facultad de Arte; de que la biblioteca llevaba el nombre de su antiguo benefactor, el señor Elías Sourasky, y que había un Museo de la

³⁵ Cf. *Memorias del Impacto del Encuentro de Dos Mundos*, Alicia Gojman Goldberg, compiladora, México, Editorial Italgraf, octubre de 1988, p. 1.

Diáspora, donde se plasmaba la vida de las comunidades judías en todo el mundo, muchas de ellas ya desaparecidas. Por otro lado fue invitado a inaugurar la cátedra de Estudios Latinoamericanos que sería ocupada por el doctor Shlomo Ben Ami, posteriormente designado primer embajador de Israel en España. En su visita a Jerusalem, su asombro fue mayor al encontrar una ciudad unificada, en cuyo Monte Scopus se había erigido ya el nuevo Campus de la Universidad Hebrea. Allí dialogó con los estudiantes, profesores y posgraduados del área de América Latina, quienes lo invitaron a dar una conferencia sobre sus investigaciones acerca de los mexicas y la concepción del mundo. En esas pláticas ya se mencionó la proximidad de la conmemoración de los 500 años de la presencia europea en América y Miguel expuso cómo se había decidido llevarla a cabo con la denominación “Encuentro de Dos Mundos”.

A raíz de este reconocimiento, la Asociación de Amigos Mexicanos de la Universidad de Tel Aviv tomó la determinación de organizar un coloquio en la ciudad de México en honor de Miguel León-Portilla, con el título “El Impacto del Encuentro de Dos Mundos”, que se llevó a cabo en coparticipación con la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Escuela Nacional de Estudios Profesionales-Acatlán y la Pinacoteca Virreinal.

Los temas de la reunión fueron cuatro: 1. El Encuentro de Dos Mundos, 2. De las cosas espirituales: los libros, 3. De las cosas naturales: fármacos y alimentos, y, por último, 4. De las cosas de la sociedad. Los participantes fueron maestros de las universidades de Tel Aviv, de San Francisco, California, de la Complutense, de Madrid, y de Oxford, Inglaterra y, además, de la Nacional Autónoma de México.

Esta fue la presentación de Miguel en cuanto al Coloquio: “Aquí serán instituciones y realidades de gran significación en algunas áreas del encuentro las que constituirán materia de trabajo. En el ámbito de la cultura espiritual está el universo de los libros. Pero no sólo de aquellos que vinieron al Nuevo Mundo desde el Antiguo. La mira se abre para abarcar el impacto que causó en algunos humanistas europeos enterarse de que en el México indígena existían asimismo libros, escritura y calendario. El encuentro, más allá de las violencias, fue en esto particularmente fecundo. Y también de gran interés es el tema de las realidades sociales: la tipología de los indígenas que viajan a España, la presencia de familias judías en México, las influencias del encuentro en la población de los países europeos”.³⁶

Fueron investigaciones interesantes que plantearon de nuevo la posibilidad de presentar temas de la cultura hebrea junto con otros temas mexicanos, todos ellos de interés para nuestro historiador. Tal decisión de conocer a minorías no nacionales como la judía lo llevó unos años después a presentar la ponencia titulada “Ser Mexicano y ser Mexicano Judío”, en

³⁶ *Ibid.*, p. 29.

el Simposio Internacional de Educación Judía efectuado en el Colegio Hebreo Tarbut cuando esta institución cumplió cincuenta años de existencia.³⁷

El inmigrante ashkenazita que llegó a México durante los años veinte trajo consigo pocos bienes materiales. “Nuestro equipaje fue más bien libros que otra cosa.”³⁸ En Europa los judíos adquirieron el compromiso de traer al continente americano los valores que les eran indispensables para su existencia: religión, tradición, historia de su pueblo, identidad e ideologías político-educativas, que decidieron transmitir por medio de la educación.

La nueva sociedad receptora les ofreció un tipo de vida, unas costumbres y un idioma que no se parecían a los propios. Lo desconocido los hizo temer por el futuro de sus hijos y sobre todo por su identidad. Fue así como después de crear instituciones religiosas y adquirir un panteón decidieron abrir escuelas. Los fundadores de la primera escuela judía del sector ashkenazí o de Europa Oriental en 1924 (Colegio Israelita de México) pensaron que ésta tenía una doble función: afianzar la identidad judía en los niños que habían llegado de Europa y a la vez trasmitirla a los que habían nacido en suelo mexicano, que eran ajenos al mundo de la Europa Oriental. La mayoría de los inmigrantes al llegar a México hablaban idish, hebreo, ruso, polaco u otra lengua, y se daban cuenta de que estudiar y aprender el nuevo idioma era vital para poder afrontar una nueva realidad. Por eso, algunos mandaron a sus hijos a colegios no judíos, depositando en ellos todas sus esperanzas y la facilidad de una mejor integración.

En seguida los colegios judíos adaptaron su sistema al de la Secretaría de Educación Pública y en ellos se enseñaban ya los dos idiomas, tanto el español como el idish o el hebreo. Uno de estos colegios fue el creado en 1943 conforme a la ideología sionista, al cual llamaron Hebreo Tarbut.³⁹

En el judaísmo siempre prevaleció la devoción muy profunda hacia Israel y sobre todo hacia Jerusalem. A Israel, el judío lo tuvo presente en la Biblia que lo acompañó al destierro, Biblia leída una y otra vez como fuente espiritual o como historia de una nación. Durante el destierro, los judíos jamás dejaron de volver la mirada hacia Jerusalem, de modo que nunca dejó de ser la Tierra Prometida.

Con la creación del Estado, la educación judía en México se comprometió a incorporar su ideología y adaptar a ella sus programas de estudio. En 1951, el Colegio Hebreo Tarbut adoptó como segundo idioma del colegio el hebreo, además de aceptar los programas de estudios creados por el nuevo Estado Judío.

³⁷ Miguel León-Portilla, “Ser Mexicano y Ser Mexicano Judío”, en *Colegio Hebreo Tarbut*, Simposio Internacional de Educación Judía, México 15-18 de febrero de 1993 (manuscrito).

³⁸ Maty Finkelman de Sommer, “Instruye a tus hijos”, en *Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí, 1922-1992*, 7 v., México, Comunidad Ashkenazí de México, 1993, v. 5, p. 57.

³⁹ *Ibid.*, p. 58.

Cincuenta años después de fundado, el Colegio celebraba con un Simposio Internacional su trayectoria educativa en México.

El trabajo de Miguel León-Portilla era la conferencia magistral. En ella presentó dos partes. En la primera hizo referencia al significado de “ser mexicano” y en la segunda del “ser judío” dentro del concepto anterior. Para Miguel no existe un “ser mexicano” en general, sino una considerable gama de variantes en quienes, no obstante poseer lenguas y culturas diferentes, habitan en México.⁴⁰

Se refirió entonces a los pioneros en las investigaciones sobre el ser mexicano, como José Vasconcelos, Manuel Gamio y Samuel Ramos. El primero dio un contenido nacionalista y a la vez universal a la educación en México, y, con base en la realidad del pluralismo cultural del mundo, vio la gestación de un mestizaje universal.⁴¹

Manuel Gamio se concentró en esa realidad plurilingüística y pluricultural de México en su obra *Forjando patria* (1916), en donde, según Miguel, se ocupó de indagar cómo sería posible la integración de México en cuanto país moderno, con la gran variedad de habitantes que en él residían.

Samuel Ramos, autor más relacionado con el tema del “ser mexicano”, con su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicada en 1934, marcó el punto de partida de una larga serie de controversias de carácter filosófico, psicológico, antropológico, histórico y literario. Para Miguel, Samuel Ramos se refiere al pasado prehispánico calificándolo de estático y pétreo, además de sostener que los ideales cultivados por “El Mexicano” lo apartaron muchas veces de lo que realmente es y puede llegar a ser.⁴² Así, Ramos considera que el mexicano ha vivido con frecuencia inseguridad y depresión, con un complejo de inferioridad que sólo podrá superar con la formación de esa “cultura nuestra”, orientada sobre todo al ser cultural europeo. Según afirma León-Portilla, estas ideas propiciaron la creación del grupo Hiperión, donde se encontraban varios alumnos de José Gaos, filósofo español transterrado en México. De allí, nos dice, surgieron intelectuales como Leopoldo Zea, Luis Villoro y Jorge Portilla.⁴³

Posteriormente, Miguel analiza las obras de Octavio Paz *El Laberinto de la Soledad* (1950) y *Posdata* (1970), según las cuales una de las características del mexicano consiste en replegarse en sí mismo, lo que se traduce en falta de comunicación y decisión de refugiarse en una soledad oscura. Dice nuestro autor que Paz reconoce la doble herencia indígena y española, pero que siempre está en búsqueda de sí mismo. “La mexicanidad, así, es una manera de no ser nosotros mismos, una reiterada manera de ser y vivir otra cosa.”⁴⁴

⁴⁰ Miguel León-Portilla, “Ser Mexicano ...”, *op. cit.*, p. 2.

⁴¹ Cf. José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Ediciones Botas, 1925.

⁴² Miguel León-Portilla, “Ser Mexicano...”, *op. cit.*, p. 3.

⁴³ *Ibid.*, p. 4. Cf. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950, y Jorge Portilla, *Fenomenología del relajo*, 1966.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 5.

Para León-Portilla es fundamental, si se desea entender el fenómeno de lo mexicano, tomar en cuenta “las diferencias”, ya que viven en México más de cincuenta grupos étnicos distintos, descendientes de los pobladores indígenas que habitaban el territorio actual del país antes de la Conquista española. Y otros grupos que se distinguen por sus orígenes, religiones y formas de vida diferentes de la cultura de la población mayoritaria del país, como por ejemplo los menonitas de Chihuahua o Zacatecas, y los mormones provenientes de Estados Unidos hacia 1880. Enumera también comunidades de italianos en Chipilo, estado de Puebla, o en Martínez de la Torre y San Rafael Veracruz, o grupos de personas de orígenes europeos que forman las llamadas “colonia española”, y “colonia libanesa” y, dentro de la primera, por sus diferencias, los de Galicia, Andalucía, Asturias o del país Vasco. Quizá a todos estos grupos podríamos denominar minorías “no nacionales”, para distinguirlas de los grupos indígenas.

Comenta Miguel, en su artículo, que, en el “mexicano integrante de la mayoría cultural del país, perduran numerosos elementos de los antiguos pueblos indígenas, como son su sentido comunitario de ayuda y comprensión, su alimentación en la que el maíz, el chile y el frijol tienen especial importancia, su forma de hablar, con un léxico rico en indigenismos y una fonética que puede recordar la de algunos idiomas nativos...”⁴⁵ Pero, a la vez que perviven esos elementos de origen nativo, dice Miguel, es indudable la presencia cultural hispánica, acompañada a veces por rasgos europeos en general, además de la lengua española, la religión católica y las instituciones establecidas de acuerdo con principios europeos. Eso es lo que define el mestizaje cultural en México.

Y, tomando como base la pluralidad cultural de nuestro país, León-Portilla se propone definir al mexicano judío, “motivado por la simpatía y admiración que profeso hacia el pueblo de Israel y la grandeza de su historia”.⁴⁶

Para Miguel los judíos que llegaron durante la Conquista y la colonización de Nueva España, así como aquellos que en el siglo XX emigraron de diversas partes de Europa y Asia a nuestro país, han compartido numerosos rasgos culturales con los grupos mayoritarios de la población que pueden describirse como portadores de la identidad nacional. Así, nos dice que los “mexicanos judíos acatan las leyes, respetan y tienen muchas inclinaciones y costumbres tenidas como características de la mayoría de los mexicanos, desde rasgos de sensibilidad, actitudes en el trato social y hábitos alimenticios, hasta cuanto concierne a la plenitud en la realidad cotidiana de su participación en la vida del país en las esferas económica, social y política”.⁴⁷

Analiza con detalle la vida de estos grupos en México en el siglo XX,

⁴⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁴⁶ *Idem*, p. 11.

⁴⁷ *Idem*, p. 12.

conviviendo con sus vecinos, participando en la vida económica del país y por otro lado manteniendo su propia identidad como judíos. De ahí se desprende de nuevo su interrogante acerca del ser judío, primero como habitante de la Tierra Santa y posteriormente como persona dispersa en los diversos países de la diáspora.

Dice Miguel que “ser judío no significa hoy pertenecer a una raza, ni siquiera a un grupo étnico determinado”, ya que hay judíos no sólo de origen semita, sino europeos, negros, chinos o aun indígenas americanos. Agrega que tampoco significa profesar una misma religión, ya que existen judíos que no son creyentes, o tener filiación con el Estado de Israel, porque hay millones de ellos que tienen otras nacionalidades con plena lealtad a sus correspondientes patrias.

Continúa su disertación afirmando que, en un principio, en la historia antigua de los judíos, al producirse los libros sagrados, éstos hicieron posible el reconocimiento de una relación primordial y a la vez trascendente a lo largo de los siglos y milenios. Esa relación surge primero en función de aceptar un Dios único y absoluto; en segundo lugar por la tierra que este Dios les asignó: la Tierra Santa. Y, por último, el tener un destino común, que se piensa también adjudicado por su Dios, el cual habrá de transformar el sentido de la historia universal. Todo lo anterior a pesar de los cambios o del pasar de los siglos ha permanecido y es lo que define al ser judío.

Junto a estos conceptos existe otro que a través del tiempo los ha unido: el del exilio o la diáspora que dio inicio en el año 70 con la destrucción del Templo de Jerusalem. Fue así como perdieron su ámbito geográfico, su propio espacio, y su anhelo de ver llegar al Mesías se pospuso casi indefinidamente.

Por ello perdura en todos los que son judíos, la conciencia de esta doble historia, la de la relación primordial y la salida forzosa de la propia tierra. Así se aferran a lo que, según creen, Dios les tiene asignado en el devenir de los tiempos.

Al perder ese espacio vital se circunscriben a barrios específicos o ghettos en los diferentes países a donde habitan. Se ven perseguidos por no creer en la llegada del Mesías, o sea Jesucristo. Por ello son expulsados de España y luego perseguidos por la Inquisición, la que llegó hasta este Nuevo Mundo. “Sefarditas y ashkenazitas —dice León-Portilla—, que han padecido incontables pogroms en lugares como Rusia o en países árabes, han vivido, y muchos de sus hijos lo saben y lo lloran, el holocausto de millones de judíos, perpetrado por los nazis.”⁴⁸

Pero a pesar de todos los sufrimientos están conscientes de la relación primordial de la cual hablan los libros sagrados. El judío mexicano, con frecuencia, además de las enseñanzas recibidas en el hogar y en la sinago-

⁴⁸ *Idem*, p. 18.

ga, asiste a una escuela que, si bien laica, concede particular atención a la cultura y a la historia de su pueblo.

Desde el conocimiento de la salida de Egipto hasta la fundación del Estado, los jóvenes judíos mexicanos toman conciencia de esa historia que tienen todos en común. Así manifiesta Miguel un profundo conocimiento del pueblo hebreo y de su cultura, mismo que abrevó con su maestro Ángel María Garibay y que siguió cultivando a través de los años por su propia cuenta. En su disertación hace referencia a diversos pasajes de la Biblia y del Talmud para corroborar lo anteriormente dicho. Conoce con profundidad todas las costumbres y ceremonias judías y nos describe cada una de las fiestas con lujo de detalles.

El judío mexicano, o de cualquier otro lugar de la tierra que, individual o socialmente, vive dentro de esta concepción de la historia —nos dice Miguel— aun existiendo fuera de su antiguo espacio de la Tierra Santa, ha privilegiado en su pensamiento la realidad del tiempo en el que ha transcurrido, transcurre y culminará su propio devenir, como germen del que brotará la plenitud de una historia universal.⁴⁹

Según su análisis, en ello radica el origen de la fuerza del pueblo hebreo, en esa vivencia del tiempo, de la cual ya nos había hablado desde 1962 en su primer artículo publicado en *Tribuna Israelita*. La experiencia del tiempo se acumula, es memoria, es recurso moral, económico, humanístico, tecnológico y científico, del cual surgen grandes pensadores, filósofos, artistas, poetas, científicos y otros.

Al final de su presentación, León-Portilla, toca un tema fundamental para el pueblo judío: ¿Es el establecimiento del Estado de Israel el cumplimiento del destino del pueblo judío? Aquellos millones de personas que se han marchado a vivir allí representan en sus vidas y tradiciones el pluralismo de lo que ha sido a través del tiempo el pueblo judío. Son portadores vivientes de su historia, traen consigo el tesoro de su tiempo acumulado en su propio ser. Para aquellos que aún permanecen en sus lugares de origen, la pregunta sería si su identidad ha resultado alterada por ello. La respuesta la plantea León-Portilla al sostener que no, que ellos tienen plena conciencia de que el legado judío conlleva significación y alcance universales, y que no sólo no encuentran contradicción sino plena coherencia con sus propias raíces, al permanecer en las patrias de su adopción.

Para él, ser judío es vivir en consonancia con un Tiempo que, a partir de lo absoluto del Dios único, transcurre como flecha, irreversible y trascendente, henchido de significado, en busca de un objetivo más allá de cualquier espacio fijo, puesto que pertenece al universo del espíritu. En la idea del Mesías el judío ve la posibilidad de lograr la paz y la justicia en la tierra, aunque su figura quede solamente como un símbolo.

⁴⁹ *Idem*, p. 28.

Termina su ensayo haciendo referencia concreta al judío mexicano; afirma que éste vive tal concepción del tiempo y de su ser en el contexto cultural de un pueblo no sólo mayoritariamente cristiano-católico, sino en muchos casos profundamente religioso. Esto lo hace con una sensibilidad que se manifiesta en el trato social y en un fuerte sentido comunitario que le permite convivir con sus vecinos y establecer relaciones estrechas con sus compatriotas, al grado de captar los profundos vínculos que, derivados de sus respectivas visiones del mundo, los acercan y los unen entre sí.

Ser mexicano judío implica percatarse de todas las herencias que tiene el país, lo cual enriquece su espíritu. "Vive él en una tierra que lo ha acogido generosamente y en la que sus gentes respetan lo que hay en él de distinto. Diferencias y convergencias, convivencia y participación son a la postre semillas de universalidad y humanismo."⁵⁰

Para Miguel León-Portilla el conocimiento de la cultura, el pensamiento y la palabra de los judíos ha sido una parte importante de su quehacer intelectual. Así se adentró en el ser del mexicano, pero conociendo su historia y su cultura y, de la misma manera, profundizó en el ser judío mexicano.

Unos meses después de la anterior participación, presentó junto con otros intelectuales mexicanos la obra en siete volúmenes titulada: *Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí: 1922-1992*, a raíz de que esta comunidad cumplía también setenta años de haber sido fundada.⁵¹

Para Miguel el conocimiento del desarrollo de la vida de estos judíos procedentes de Europa Oriental y Central en México fue únicamente la confirmación de sus planteamientos anteriores. La creación de sus instituciones culturales, sus escuelas, sinagogas, panteones y sus actividades económicas dentro del país, así como el porqué de su emigración y establecimiento en México, le ayudaban a confirmar todo lo que con anterioridad había planteado, es decir, el pueblo que ha vivido en el tiempo, más que en el espacio.

Al analizar la información que aparece en sus siete volúmenes, confirmó el desarrollo de una identidad judía conviviendo en un país cristiano, el cual abrió sus puertas a este grupo de personas que huían de los pogroms y la miseria. Aquí encontraron la posibilidad de desarrollarse en todos los campos, a su vez que integrarse a esta sociedad que los recibió con los brazos abiertos. Personas que llegaron de países tan lejanos como Rusia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia, Francia o Alemania, además de su cultura hebrea traían los usos y costumbres de sus países de origen y en México tuvieron que adaptarse para lograr una convivencia productiva. Lo primero fue aprender el nuevo idioma para poder comunicarse y después encontrar la forma de ganarse la vida

⁵⁰ *Idem*, p. 39.

⁵¹ Alicia Gojman de Backal, coordinadora, *Generaciones Judías en México. La Kehilá Ashkenazí, 1922-1992*, 7 v. México, Comunidad Ashkenazí de México, 1993.

para formar parte de esta sociedad. Aquí nacieron sus hijos, los criollos judíos, que entendieron a México mejor que sus padres o abuelos, pero que a la vez continuaron con esa herencia milenaria de generaciones atrás. También esos judíos siguieron viviendo en el Tiempo antes que en la geografía, ya que al llegar aún no existía el Estado de Israel. Aquí sufrieron con sus hermanos en Europa, deseosos de poder salvarlos, pero sintiéndose impotentes ante las matanzas nazis. Aquí se enteraron también de la declaración de independencia del Estado de Israel; con ello se alegraron sus corazones y sintieron que una meta se había cumplido pero que otras estaban por llegar, como la paz en esa parte del mundo. Sin embargo, como dice Miguel León Portilla, ésta también era su patria y la mayoría se quedó aquí, aunque pensando siempre en lo que significaba ser mexicano judío.⁵²

La más reciente relación de Miguel con la cultura hebrea tuvo lugar el 14 de noviembre de 1995. En ese día fue el comentarista en la Octava Conferencia Internacional de Investigación de Estudios Judaicos en América Latina llevada a cabo en la ciudad de México. Sus comentarios se refirieron a la mesa titulada "Judíos en la época colonial". Con ello quedaba completa su relación con la historia de los judíos en México. Sus comentarios versaron acerca de las actividades de grupos de criptojudíos en la Nueva España, en particular en la región central de México y en algunos lugares del norte del virreinato, en especial Nuevo México y el sur de Texas. Además hizo comentarios a otra ponencia relacionada con la llegada y actividades de judíos que no ocultaban su religión, en las islas de Martinica y Guadalupe, posesiones francesas.

En su disertación señaló perfectamente las diferencias entre los criptojudíos de la Nueva España que tuvieron que comportarse, por su propia condición, de forma muy distinta a la de los judíos de extracción holandesa que, sin ocultar su propio origen, pudieron trabajar abiertamente en las dos islas, dedicados a actividades agrícolas, pero sobre todo al comercio. Otra diferencia que marcó Miguel fue que los judíos de la Nueva España nunca fueron expulsados sino en casos muy contados, y que aquí perdieron con el tiempo su identidad de judíos, conservando solamente ciertos elementos de su religión que han perdurado hasta el presente. En cambio los judíos holandeses vivieron poco tiempo en esas islas porque les aplicaron el Código Negro de 1685, en virtud del cual fueron expulsados.⁵³

Para Miguel León-Portilla estas ponencias fueron en parte la confirmación de la lucha por la sobrevivencia del pueblo judío, aferrados en el Nuevo Mundo a sus creencias, pero conscientes, como lo fueron en otras partes de Europa, de que serían víctimas de constantes amenazas que culminaron a veces en acciones directas en su contra. Para algunos

⁵² "Participación del doctor Miguel León-Portilla en la presentación de *Generaciones Judías en México...*", en *La voz de la Kehilá*, México, 23 de octubre de 1993.

⁵³ Miguel León-Portilla, "Comentarios a las ponencias de la sección: "Judíos en la época colonial; en la Octava Conferencia Internacional de Investigación de Estudios Judaicos en América Latina" México, 14-16 de noviembre de 1995 (manuscrito).



autores, como Wiznitser, a fines del siglo XVII, los criptojudíos de la Nueva España habían desaparecido, pero, según el análisis realizado por Miguel de las ponencias presentadas, esto no fue cierto, ya que, a pesar de todo, sobrevivieron en México, Nuevo México y algunos lugares de Texas, convertidos al cristianismo pero conservando una serie de prácticas del judaísmo rabínico, que en ocasiones no saben de dónde provienen aunque se han mantenido vivas hasta el día de hoy.

Alienta Miguel León-Portilla a continuar con estos estudios que podrían esclarecer una parte importante de la emigración de estos criptojudíos a América, así como el desarrollo de sus actividades dentro de la sociedad novohispana, como parte de ese mosaico que actualmente es nuestro México actual.

A partir de ello el interés de Miguel ha continuado, la investigación de la cultura hebrea siempre está presente en su vida y su idea de que el pueblo judío es un pueblo que ha vivido más en la historia que en la geografía es una aportación importante para la comprensión de esta cultura.

Como él mismo lo mencionó en su artículo al padre Garibay: los setenta años se ven plenos de interés y de trabajo y con muchos planes futuros; eso nos lleva a repetir que éstos siguen siendo años de verdadera juventud, porque el humanismo no envejece jamás.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS